

Berasaluze Correa, A., Ariño Altuna, M., Ovejas Lara, R. y Epelde Juaristi, M. (Coord). (2020). *Supervisión en trabajo social: una metodología para el cambio*. Thomson Reuters Aranzidi (Pamplona). ISBN: 978-84-1345-115-2

Cuando tuve *Supervisión en trabajo social: una metodología para el cambio* en mis manos lo primero que pensé fue: “Genial, un libro fino, bien organizado, claro, directo y pegado a la práctica profesional. Estupendo para reconectar con el trabajo social después de un tiempo de parón profesional”. Ahora, ya leído y trabajado añado que, sobretodo, es un libro necesario. Necesario para la disciplina y para la profesión. Es necesario, en primer lugar, porque nace del verdadero trabajo conjunto entre dos mundos condenados a escucharse, el académico y el profesional, aunque esto no siempre suceda. El texto es un ejercicio teórico-práctico real que tal y como señala Teresa Aragonés en el prólogo, sistematiza la actividad profesional diaria profundizando en lo intuitivo y otorgándole solidez teórico-técnica. En segundo lugar, este libro parte de la idea de autoconocimiento como herramienta fundamental para sostenerse psíquica y afectivamente. Para las autoras, saberse a una misma es esencial para no confundirse con el otro y no confundir al otro. En una disciplina donde el eje del cambio gira entorno a la relación de ayuda, poder asumir la diferencia y la otredad sin prescindir del vínculo y la confianza es imperativo. Y, en tercer lugar, es necesario porque se recupera y se legitima lo que quien escribe llama el derecho a la duda, a pensar lo inexacto y lo incierto en un espacio firme de contención y comprensión. Y con esta filosofía que atraviesa al libro en su totalidad, la supervisión se plantea no solo como una estrategia para mejorar el quehacer profesional, sino como un método complementario de investigación-acción-participación (IAP).

Es interesante observar como las ideas y contribuciones del libro reposan sobre tres pilares epistemológicos que lejos de colisionar entre ellos conforman una amalgama coherente con los planteamientos de la IAP. Así, por un lado, el construccionismo social permite trabajar con la incertidumbre y el riesgo de nuestro contexto actual abrazando relaciones de intercambio y colaboración frente a dinámicas de exclusión y competencia. El eje sistémico, por otro, permite mantener una mirada amplia de la persona y sus interacciones, y facilita el pensar no solo en las relaciones de poder, sino en el poder de las relaciones. Finalmente, la lente crítica posibilita abordar la cuestión social desde un enfoque de derechos, en el que el malestar atendido se ubica en una sociedad en la que el desigual reparto de la riqueza genera pobreza, estigma y desconsuelo.

Con estos elementos epistemológicos arranca un viaje aparentemente sencillo que, en su simpleza, es capaz de recoger el laberinto en el que vive la profesión y la disciplina. Así se nos presenta, un texto que no abruma, no pesa, y sí que intriga, que invita a quién lo lee a querer acabar una página y pasar a la siguiente. Y que también admite el desorden en la lectura, el ir y el volver, el empezar por el final, y cerrar con el principio si se desea. Y esto ocurre gracias a uno de los aciertos, para quien escribe, de la obra: el capítulo 2 titulado “Voces en supervisión”. En él se recogen ocho escenas habituales para quienes trabajan en la primera línea de los dispositivos, y que bien pudieran ser universales, pues como en algún momento del texto señalan “las experiencias que vivimos cada una de las trabajadoras sociales que hemos participado, se repiten y reflejan en el resto de las compañeras”. En este capítulo, que derrocha verdad, valentía, vacío, exceso, soledad, fragilidad y precariedad, entre otras cosas, se respira frescura gracias al riesgo que han tomado las autoras del libro permitiendo que cada una de las supervisadas hable de su sesión en primera persona. Digo riesgo porque en un mundo académico donde la distancia del sujeto respecto del objeto estudiado parece ser lo premiado, ellas entienden que precisamente en la supervisión esto no es posible. Así pues, con el estilo narrativo de cada una de las autoras, visitamos esos ocho escenarios para repensar los dilemas o dificultades que en algún momento interpelan a toda trabajadora social en su práctica profesional. Se recrean situaciones que ayudan a pensar, por ejemplo, sobre la ausencia de petición de ayuda en situaciones donde el profesional percibe malestar, riesgo, o incluso desprotección y que, sin embargo, no activan a la familia o a la persona en la dirección que la institución y sus operadores esperan. En este sentido, a través de las voces de las participantes se exploran nociones, más o menos veladas, como resistencia, miedo, o indiferencia desde una perspectiva reflexiva que trata siempre de entender por qué el otro y por qué uno mismo actúa como actúa.

También traen a debate las dificultades que conlleva un trabajo en equipo y en red cuando los implicados no son conscientes no solo de sus funciones y tareas, sino más bien de sus deseos, frustraciones, anhelos y posibilidades. La discusión sobre la transdisciplinariedad en un mundo cada vez más fragmentado se pone encima de la mesa y la cuestión identitaria del trabajo social se revisa de maneja muy sucinta, permitiendo que el texto mantenga su hilo conductor, sin por ello ignorar una cuestión de permanente actualidad.

Naturalmente también plantea una de las tensiones más habituales en la profesión: aquella que atrapa al cuerpo profesional entre el mandato normativo del servicio/programa y el ideal de promover el bienestar de la persona. Como si el cuerpo teórico de la disciplina se hubiera configurado en base a las disposiciones jurídico-normativas de las políticas sociales en vez de basarse en la investigación social aplicada a la realidad psicosocial que se atiende. Este atrapamiento remite inevitablemente a la dominación y proliferación de manuales, procedimientos, guías y protocolos que encarnan en sí mismos la contradicción de exigir en documentos cerrados y estandarizados flexibilidad, individualización y personalización en la intervención. Y esta contradicción nos señala a su vez un triángulo poderoso formado por lo que la persona atendida desea hacer, lo que la institución quiere que haga el operador, y lo que el operador hace o puede hacer. Y así, conscientes de este triángulo, y del entramado de directrices administrativas, éticas, personales y técnicas que interpelan directamente al profesional se entienden la cantidad de duelos a los que los implicados deben hacer frente, desidealizando instituciones, programas y servicios; asumiendo cambio de equipos; lidiando con la precariedad laboral; manejando la temporalidad de los casos/de los profesionales; etc.

Y, en coherencia con esto último, estas voces también recogen esos momentos de sufrimiento del profesional que tienen que ver con la relación con las personas que atiende y también con el devenir de su propia historia personal. En ese sentido, el libro alerta de cómo los prejuicios, las preconociones expertas y el saber teórico desconectado de la persona atendida pueden contribuir, paradójicamente, a la opacidad, a la desvinculación y a la sordera. Por ello, plantea la posibilidad de convertirlos en hipótesis abiertas para trabajar sobre ellas de manera transparente rebajando así la frustración, el desasosiego y cierto espíritu omnipotente que no hace, sino que atrapar al operador en la hiper-exigencia y el exceso de responsabilidad.

Pero si algo ofrece este libro son espacios, literales y metafóricos, para anotar preguntas que contribuyen al debate sobre cuestiones que no dejan de entrelazarse. Por ejemplo, ¿en qué momento la predicación de un modelo centrado en la persona y en su derecho a decidir va a poder ser implementado si se siguen configurando y sosteniendo políticas sociales con un espíritu todavía proteccionista y asistencialista? ¿Qué cabida tienen en ese contexto nociones pertinentes para la intervención social como reflexividad, creatividad y espontaneidad? ¿Cómo poder hacer frente a las contradicciones, tensiones, dilemas y desafíos de la intervención si los puestos de dirección y jefatura de los servicios se encierran en la gestión y no asumen también funciones de supervisión? ¿En qué medida la falta de tiempo, recurso inmaterial esencial en toda relación humana, afecta a la reducción de las personas atendidas a una única categoría impidiendo ver sus posibilidades, miserias y recursos? ¿Crece la falta de tiempo en un mundo profesional repleto de protocolos y procedimientos; o es la falta de tiempo el mejor aliado para justificar precisamente la propagación de esta corriente tecno-burocrática? ¿Cómo pasar en este contexto del “hablar de ti” al “hablar contigo”? ¿Conversar genuinamente con el otro es una herramienta válida para desafiar esta tendencia al generar una información distinta de la esperada en el protocolo en cuestión? Estas son sólo algunas reflexiones compartidas, pero garantizado queda que al leer el texto tendrán una ventana abierta a la práctica con la que identificarse y pensarse, hallando preguntas para navegar mejor por el complejo mundo de la intervención social.

En coherencia con su espíritu pedagógico y directo, el libro finaliza con un capítulo que sistematiza las dificultades expresadas en el capítulo de voces y añade unas líneas estratégicas de clara aplicabilidad teórica-práctica. En definitiva, y aún con todos los desacuerdos que quien lo lea pueda tener, es un ejercicio de honestidad en el que las propias autoras se abren al diálogo sin esconder ni sus dudas, ni sus vulnerabilidades. Con tan noble comienzo, cómo no leerlo.

Libertad González Abad
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
libertad5@yahoo.es